



## **Narrativas periodísticas sobre vivencias de los habitantes del corregimiento Tierra Bomba, Cartagena**

Liliana Paola Barrios Rodelo

Yeidis Del Carmen Bobadilla Galvis

Perla Iveth Murillo Zapata

Leidy Sandrith Villadiego Meriño

Universidad de Cartagena

Facultad de Ciencias Sociales y Educación

Programa de Comunicación Social

Cartagena, Colombia

**2017**

©

*Con profunda gratitud dedicamos estos textos a los hijos de Tierra Bomba. Esta es apenas una pequeña representación de todos los saberes que se esconden detrás de pescadores como Nando, líderes como Mirla, o grandes héroes y eternos hijos del Caribe como El fruco y Catalino. Dedicado a ustedes, un pueblo unido, lleno de valor, resistencia y lucha. Este proyecto es fruto de su historia, que hoy mostramos con orgullo y a través del cual les decimos, gracias.*

## Contenido

<b>Simplemente Nando</b> .....	4
<b>Cielo y mar: la historia de un naufragio que vistió de negro a Tierra Bomba</b> .....	7
<b>El monstruo</b> .....	10
<b>Arbitraria</b> .....	14
<b>Mélida Moncaris: una historia de oro</b> .....	19
<b>El pez blanco: cuando la coca naufraga</b> .....	22
<b>Desterrados</b> .....	25

## SIMPLEMENTE NANDO

Leidy S. Villadiego Meriño

*Sonrisa de tres dientes. 78 años. Estudiante.*

Nando, porque Hernando es solo para la cédula. Caraballo Escobar porque aquí el apellido es más importante que el nombre. Medio pueblo es familia.

¿Quién puede hablar de la historia de Tierra Bomba? Nando ¿quién puede enumerar los puntos de pesca? Nando. Quien puede sino él, lúcido, curioso, inquieto. Él, que a sus 78 años sigue aprendiendo, que sostiene un libro de “Sociales 4, tercera cartilla”, porque valida el bachillerato todas las noches.

Su casa es de blocks y cemento, a medio construir. Una cocina sin estufa, porque en algunos hogares tierrabomberos todavía se cocina a leña y carbón. En la sala un trasmallo, galones de agua y las sillas suficientes para conversar cómodamente. Pero no. A mediodía, cuando el fogaje cocina la piel lentamente, Nando huye a una enramada frente al mar. Bajo la sombra del techo de palma y con el constante golpe de las olas, hasta los perros descansan entre las butacas de madera o las sillas plásticas remendadas y amarradas en alguna de las doce ramas rectas que fungen como columnas. Al fondo, el cuadro del horizonte, donde se difuminan el cielo y el mar.

*-Siempre iba y venía a Tierra Bomba- dice.*

Pero nació al otro lado de la isla, en Bocachica, donde estuvo hasta los siete años. Su abuelo, Román Caraballo Guerrero, un médico del que Nando habla orgulloso se lo llevó a él y su familia a Cartagena. Recorrió Galerazamba, Piojó, Boca de Amansa guapo.

Y volvió a su isla, la Tierra Bomba de sus amores, con su gran amor, Flor María Moncaris.

*-¿Usted tiene amores con Flor María?, preguntó Gume, el papá de ella.*

*-Yo sí- con voz de adolescente.*

*-Esto es con seriedad, esto no es con falta de respeto, ve que ella es negrita y pelo mocho, que no te vayas a arrepentir después y me la dejes tirada allí- le bromeó su suegro, frente al esposo de su tía, Catalino, que le había servido de mediador para pedir la entrada.*

*- Ya estoy clavao' ni manera de echar atrás- pensó en ese momento, y hoy lo dice entre risas.*

Tenía 14 años y todavía era estudiante de colegio en Cartagena. A los 18 años se la robó, según él, porque Flor María ya no quería seguir esperando. Volvió en 1960 a vivir definitivamente a Tierra Bomba.

Ahora Nando siempre lleva gorra. Azul con blanco o beige, pero siempre lleva una. Y allí, abajo, cubierta, su flagrante memoria. ¡Bendita! La que todos señalan en el pueblo, la que buscan los profesores, la que relata los cuentos.

Relató por ejemplo, cuando vino la electricidad. Aquella vez, un 10 de diciembre del 2000, el presidente Ernesto Samper reunió los cuatro centros poblados de la isla -Bocachica, Caño del Oro, Punta Arena y Tierra Bomba - en Bocachica. Los puso a elegir: agua o luz. La gente gritaba luz, luz mientras aplaudían. Parecía que el nuevo siglo traía consigo noches sin miedo.

*- El día que vino la luz se reventaron los puercos, los mulos, eso se perdieron al monte, y como a las seis de la tarde fue la prueba, y los pobres animales cómo corrían, los puercos, los perros, eso*

*estaban por allá en casa del diablo. Ese día nos dijeron que desocupáramos las casas, que estuviéramos en un lugar seguro, para que no hubiera problema con los cables me entiendes, porque esas cosas siempre generan tensión, hay disparos, porque de pronto hay unos cables que están invertidos, nos metimos por acá y cuando vino la luz esos cables se movían...en la noche hubo ron, pasamos la noche bebiendo y bailando. Algunos tenían un equipito que compraron, se prepararon con su equipito, en la casa había uno, el yerno mío le dio clavo, la gente quedó contenta, ahora nos falta el agua, el gas también-.*

Llegó la luz pero el pueblo es oscuro. De noche las calles-callejones mejor- son rendijas no hiladas, laberintos con salidas inciertas. Un metro o medio plano, y el siguiente alto, a veces las dos al tiempo.

### ***Albañil. Plomero. Músico. Agricultor. Pescador, sobre todo pescador***

Nando es un hombre miedoso, lo dice sin tapujos. Le aterran los truenos. Por eso, aquel agosto de San Bernardo, cuando vio las nubes negras en el cielo, le advirtió a su cuñado Orlando que se devolvieran, pero este lo ignoró. Estaban pescando a mar abierto. A los cinco minutos una tempestad, y ¡bum! al agua.

*-¡Yo pensaba era en mi esposa y en mis hijos!-* aclama con los ojos bien abiertos.

Pensaba también en el tiburón, la cornua', la tintorera. Se agarraron de una cabuya que estaba amarrada al barco. Poco a poco se calmó la tormenta, ya se le habían dormido las manos, mientras achicaba -sacaba agua del bote-.

Le tocó remar prácticamente sólo, porque a Orlando le dolía tanto el cuerpo que no podía andar. Hasta que tomaron fuerzas y llegaron al antiguo mercado. Después de semejante susto, volvieron "*hablando mierda de herrero*".

Esa vez se salvó, porque a mar abierto un cayuco de pescador puede ser realmente frágil con el viento.

Tan frágil como la vida, como en 2001 cuando hubo una borrasca y su hijo menor desapareció pescando en aguas caribeñas.

De aquella tragedia tres personas se salvaron y dos perdieron la vida, entre esos "El fruco", el menor de la casa. Flor María lo cuenta con voz temblorosa y mirada húmeda "*era mi bordón*".

En noviembre de 2014 fue la última vez que Nando pescó:

*-Ese día nos picó un pescado, y el pescado golpeteando y golpeteando. Compañero, esta vaina es bruja, porque ni se abollaba ni nada, y era corriendo y corriendo-el anzuelo-, y el pescao' no se veía. Me dijo compañero, yo voy a mochar el plástico. Le digo, mocha, mocha, nos vinimos para Tierra Bomba directo. Desde ese día no pesco más, para mí eso era bruja o algo raro, porque el pescado como la cornua' se ve, no lo pudimos ver, Yo le cogí miedo al mar. Me han convidado a pescar, ¿pa' donde pa' allá?- A mar abierto- , yo pa' allá no voy-.*

A pesar de los sustos dice que la pesca es su oficio favorito. Entre otras cosas, porque antes era el que más le dejaba dinero. Cuenta también que hoy la pesca no es igual. Atrapar pescados grandes cerca a la orilla es un milagro entre atarrayas.

*-Tiempos atrás la pesca aquí era de largo alcance, se pescaba de todo, cojinua, jurel, picua, carito, la sierra, la bola, mero, sábalo, de todo, aquí era un sector donde usted no necesitaba sino tener la carnada y un plástico. Allí había una punta que se llamaba "la puntica", eso se destruyó, decía uno voy a buscar la liga, y allí llegaba, picaba, y se volvía uno con la liga-.*

Su afición a la pesca es tan grande, que recorrió sin más requisitos que la fecha y hora, nueve puntos de pesca. Desde las seis de la mañana y por cuatro horas, camino con su bastón de palo de escoba y machete en mano la “Ruta del patrimonio”, que él mismo ayudó a crear junto con otros señores de la tercera edad y el colegio del pueblo.

Durante los estrechos caminos hacía el Zumbio, o bajando la Loma del platanal, no tambaleo su cuerpo, como tampoco su memoria. O quizás lo hizo un momento, pero rechazó cualquier ayuda diferente a la de su propio bastón, a su propia confianza. Nando es más fuerte de lo que parece, mucho más de lo que expresa su cuerpo encorvado. Cuatro horas firme, saludando a los vecinos que osaban tomar la misma travesía. Terminó con suficientes fuerzas para bajar las empinadas escaleras hasta su casa.

### ***Negro. Católico. Amante del béisbol.***

Esas fuerzas incansables lo hacen seguir soñando. Soñando con que otros aprendan, dando clases en el único colegio público sobre elementos de pesca, sobre las redes que él mismo teje. “*Esto tiene geometría, simétrica, tiene longitud*”, afirma con entusiasmo, mostrando con orgullo el oficio que le dio de comer.

Sueña también con su familia, que sigan adelante, que tengan calidad de vida. Y no olvida la promesa de su nieto “*Abuelo yo tengo que darle para mantenerlo a usted y que cuando se muera le compré un cajón bonito*”. Sí, porque la muerte es una posibilidad cercana para él.

Ahora no puede ingerir carne, y aunque ya no pesca parece que su cuerpo tiene tan buena memoria como él, porque le sigue pidiendo pescado a diario. Nando puede hablar de economía, política y hasta literatura con soltura. Se atrevió incluso a criticar a Gabriel García Márquez, por su coqueteo con el comunismo, por su amistad con Fidel Castro, por no vivir más en Cartagena, pero sobre todo por no atenderlo un día que quería hablar con él.

Reprocha el país, tal como es ahora, un sentimiento común en sus vecinos adultos mayores del pueblo.

*-Yo a veces digo, porque este país se ha vuelto así, en este país no se veía esto, Colombia era un país tan bueno, que la gente podía viajar para donde quisiera. Yo me iba para Codazzi, voy pa’ la Jagua a ver pelea de Gallo, vamos para las Flores de María...no había Farc, no había nada-*

¡Hasta la música extraña!, la de esos días que tocaba conga con el Grupo de Tierra Bomba. Sexteto, chandé, garabato, calipso, salsa, porro. Su grupo podía sacarle melodía hasta la quijada de una vaca.

O aquellos días de baile, ¡qué cosa bonita!

*-Aquí se bailaba charleston, guapason, sansón, revuelo, una cosa divina, pero ya esos bailes...- silencio- las cosas en la vida como cambian, aquí decían “el cumpleaños de Catalino Herrera”, y veas tu que las mujeres no querían cocinar, y si cocinaban era una sola comida, después preparando sus ajustadores, sus zapaticos así amarrados, su pollera lavándola y poniéndola a secar con almidón, ¡qué cosa bonita!-*

Nando podría ser perfectamente el pescador de la canción de Totó La Momposina, ese que no tiene fortuna, solo su atarraya. Pero tiene una cosa, algo más, sólo algo más, la historia de su pueblo en la mente, en los recuerdos y hasta en las uñas.

# CIELO Y MAR: LA HISTORIA DE UN NAUFRAGIO QUE VISTIÓ DE NEGRO A TIERRA BOMBA

Yeidis Bobadilla Galvis

## La ilusión de una buena pesca

**Ariel Moncaris Córdoba:** Ocurrió en la misma época en que llegó la luz a Tierra Bomba. Era un 7 de diciembre, faltaba poco para el año 2000. Como de costumbre iniciaba un día de pesca. James, El fruco, Catalino, Dilson y yo íbamos hasta 'Las pelotas de España' uno de los bajos favoritos en altamar, más allá de la Isla del Tesoro, ideal para agarrar un buen Pargo, un pez grande y muy buen pago que nos gusta a los pescadores de Tierra Bomba.

Alcanzaba los 20 años, era el segundo en edad de la tripulación -después de mi padre Catalino, de unos 40 años o más, que también iba con nosotros- sería un buen día, pensaba. Eran las 7 de la mañana cuando emprendimos nuestro viaje. El mar estaba un poco picado -mar de leva- pero era quizás por los fuertes vientos que trae consigo diciembre.

**James Morales González:** Faltaba un día para el cumpleaños de mi papá. Recuerdo que el viento estaba más fuerte que de costumbre, tenía cierto temor, pero debía buscar algo - dinero- para celebrar tal fecha. Podía tener como 17 años aproximadamente, estaba emocionado ese día.

Era temprano. El sol apenas se asomaba. Íbamos a 43 millas de Tierra Bomba, un sector de pesca que daba buenos frutos. Preparados con almuerzos, dotados de gasolina y provisiones, llegamos al sitio e iniciaríamos nuestra jornada de pesca, pero mientras apenas nos acomodábamos, algo inesperado pasó.

## Cuando la vida te sacude

**Ariel:** Me habían dicho que en esta zona una ola puede ser del tamaño de una casa y chocar una con otra fuertemente, pero sólo hasta ese día lo comprendí. Una gran mareta, nos tomó por sorpresa y volcó nuestra lancha con nosotros a bordo. Todo se fue al mar. Los cinco quedamos a la deriva.

Ese día se nos quedaron los chalecos salvavidas. Tratamos de desprender el motor de 60 caballos de fuerza, para que la embarcación flotara un poco, pero era imposible. Fue entonces cuando logramos tomar una tablilla y el tanque de la gasolina para apoyarnos y tomamos la decisión de continuar, esta vez nadando.

**James:** Ariel alcanzó a gritar y alertarnos. Pero, todo fue tan rápido. No hubo tiempo de nada. Sólo veía como el verde y blanco de la gran lancha Doña Ido -como le llamaban- se alejaba poco a poco.

Dos metros más adelante o haciendo relevos avanzábamos.

Todos excelentes nadadores. Pero seres humanos al final.

Fue todo un día nadando, hacia el sentido de la costa -supuestamente- dándonos fuerzas uno al otro. Pensando en nuestras familias o en lo que nos podría suceder. Aún con la esperanza viva. Pero, llegó la noche.

## Oscuro destino

**Ariel:** Al anochecer decidimos nadar en rosa -agarrados de manos-. Mi Padre -Catalino- y mi primo -El fruco- eran los más cansados, ya el calambre les poseía. El primero por su edad, y el otro porque se estaba dejando ganar del nervio. Los subimos a una gran tabla que llevábamos con nosotros. El oleaje era engañoso, a veces suave, otras veces desesperanzador. Ahí continuábamos.

Amaneció y seguíamos luchando, los cinco, juntos. Nos soltamos de manos para tomar un tiempo de descanso. Cuando íbamos a retomar llamé a mi papá, nunca respondió. Llamé a mi primo, tampoco lo hizo. Los busqué, no los hallé. Todo se nubló dentro de mí. ¡Cielo y mar! ¡Bendito cielo y mar era lo único que veía!. Debíamos continuar.

**James:** Ahora éramos sólo tres. Pero, con el corazón arrugado. Llorábamos, nadábamos, volvía a llorar y volvía a nadar. Sin brújula ni gps, nos valíamos de ver desde dónde salía el sol para poder adivinar la orilla, y hacia allá nadábamos. Tenía hambre, tenía sed, tenía cansancio, y la gasolina regada a nuestro alrededor ya comenzaba a hacernos efecto. Nuestra piel se estaba pelando.

Ariel nos decía a Dilson y a mí, en una confusión de lágrimas y mar, “se fue mi papá, se fue mi primo, pero alguno de nosotros debe quedar para contar la historia. Pa’lante mi gente”. Aún no sé de dónde sacaba ese valor.

Yo tomaba bucheros de agua y con eso trataba de engañar mi estómago. Al inicio el agua me sabía a sal, después ni sentía cuando la tragaba. Como si fuera poco, el sol ya estaba en lo alto, no teníamos dirección, andábamos como gallinas ciegas. Ya no quería seguir, en realidad no podía más, no tenía nada de fuerzas. “¡Sigán sin mí!” les dije.

### **Salvavidas de hermandad**

**Ariel:** Cuando James me dice que no quiere continuar, la vista ya comenzaba a fallarme. Ahora era el mayor del grupo. Pero, seguimos sin él. Aunque no por mucho. No pude dejarlo. Volvimos a verlo, “Ya estamos llegando James, tus hijos ¿los recuerdas? ¡te esperan! vamos, vamos” le gritaba desesperado, mientras Dilson lo empujaba. En realidad no sé cómo, pero lo convencimos. Siguió con nosotros.

Ahora era Dilson quien no hallaba fuerzas. Una pequeña tablilla que logramos llevar, le dimos. Con una mano empujaba el agua, con la otra lo halaba a él. Seguíamos tres, pero no sabíamos por cuánto.

**James:** Aún no logro entender cómo, pero seguí. Desnudos -para avanzar más- y con nuestro interior como collar por si nos hallaban. Seguíamos, quién sabe hacia dónde. Cielo y mar era nuestro panorama. Ya es el tercer día. “Dios mío, ¿qué será de nosotros?” era la pregunta que me daba vueltas todo el tiempo.

Ya nadábamos con los ojos cerrados, mientras nos seguíamos con la voz. Sentí que mi cuerpo vibraba. “Ariel, ¿también lo sientes?”, dije. Aumentaban las vibraciones. Abrí mis ojos y vi nublado un gran buque de carga. “¡Un buqueeee!, ¡pelaos, un buque! ¡nos salvamos! ¡ahí viene!” fueron mis palabras llenas de emoción. Pero, el buque se acercó demasiado. Aún no nos habían visto. Se acercó tanto que casi nos vuelve trizas, y en una agitada reacción logramos rodarnos, como un pez cuando logra salir de la atarraya. “Otra noche no aguantamos, amigo” le dije a Ariel.

### **¡Nos vieron!**

**Ariel:** Eran las 11 de la mañana del día tres. No pasó media hora, cuando el mismo buque volvía en dirección contraria. Agitábamos el tanque de gasolina amarillo para que logran vernos. ¡Lo logramos! Pero, una embarcación tan grande no era tan fácil de detenerse en el lugar exacto. Nos pasaba y regresaba, y nada que podían subarnos. En eso duramos casi 1 hora, hasta que lograron ubicar contra marea el buque, y mientras las olas frenaban el impacto, nosotros tratábamos de refugiarnos en 3 aros salvavidas que nos lanzaron.

Subió primero Dilson, luego James, y por último yo. Recuerdo que un hombre grande tomó mi mano y me empujó al subir. Ahí perdí el conocimiento.



Cuando desperté estaba en una cama. A mi costado derecho Dilson, a mi izquierda James. Era de noche. Reaccioné.

**James:** “¡Pelaoss! ¡pareense! ¡vámonos!” me gritaba Ariel desesperado. Yo aún no entendía nada. Vi que se acercó un asiático a la cama del medio, buscó agua y nos dio como una cucharada. ¡Yo quería más! ahí mismo caí nuevamente. Me desmayé.

Cuando desperté, había comida por todos lados. No podía comer nada. Alcancé a beber un poco de sopa, y con eso viví. Nos pasaron a la lancha de los guardacostas. Nos trasladaron al Hospital Naval de Cartagena. Allí duramos casi cuatro días.

### **El mar quita vidas, pero también devuelve**

**Ariel:** Nos dieron de alta. Los guardacostas luego de hacernos un cuestionamiento intenso sobre drogas y comercio ilícito en altamar, nos trajeron hasta nuestras casas. Estaba derrumbado, no dejaba de pensar en mi viejo. Tierra Bomba estuvo de luto colectivo, los picós que acostumbraban a retumbar a diario al son de champeta, en ese tiempo no lo hicieron. La gente no quería ir al mar. Nadie pescaba, hasta las olas se sentían diferentes. Reinaba un murmullo de silencios.

La verdad no me gusta hablar sobre este episodio, pero al menos contándolo quedará en la memoria del pueblo, la historia de mi héroe, que ahora navega en los mares de Dios.

Volví a nacer. Luego de un mes sentí la necesidad de regresar al sitio, era otra tripulación, pero un mismo recuerdo. ¿Qué pasaría con ellos?, un pez, una ola, a veces me gusta pensar -por loco que parezca- que otro buque, así como con nosotros, los encontró a ellos. La gente pierde la memoria. Quizá para muchos ya lo superé, pero nadie sabe lo que pasa por mi cabeza. Por lo pronto seguiré pescando, jamás podría alejarme del mar, aunque lo intentara siempre regreso a él. Una y otra vez.

**James:** El mar siempre ha jugado un papel importante en mi vida. Sigo siendo pescador, aunque ese día juré no volver a hacerlo. ¡Es inevitable! La pesca es mi vida, y la de muchos más nativos. Es un sentimiento extraño, lo respeto profundamente, pero a la vez siento un amor hacia el mar, que me da vida y que a la vez la quita. Tan sereno y misterioso.

A Ariel aún se le quebranta la voz. Cerca al puerto vive Nando -un sabio conocedor de nuestros saberes isleños- padre de El Fruco -otro de los desaparecidos en ese entonces- quien comparte este sentimiento, su recuerdo sigue vivo. ¡Nadie ha olvidado ese episodio! Hoy esta historia es contada en honor a ellos, **eternos hijos del mar.**

## EL MONSTRUO

Leidy S. Villadiego Meriño

Tierra Bomba, la tierra abomba'. Recibió a los negros, a los desplazados de Bocagrande y el Laguito, cuando aquellos que debían protegerlos los botaron. Era grande, y ahora está mutila'. El mar le ha robado tierras, ha dejado a la gente con un "aba" en la boca, "aquí quedaba, esto se llamaba, allá se pescaba".

Aquellos años son dibujados constantemente los jueves de tercera edad. En el salón donde se reúnen los viejos a jugar, y las mujeres a ver la novela o actualizar los chismes, recuentan su vida.

*"Mi mamá, según ella, gritaba, que estaba allá en Cartagena, y a la tarde ella se paraba de ahí, de ahí del Laguito, ¡he!, gritando que la fueran a buscar y la escuchaban, así que fíjese usted si no hemos perdido tierra, ¡bastante! porque la escuchaban. El teléfono de ella era la garganta de la señora",* relata Virginia "Vigo" González de 74 años.

Nostalgia, siempre nostalgia acompaña estas historias. Teófilo Girado, Tránsito Rodríguez y Pedro Cervantes se reúnen a discutir las calles que ya no están. La calle del pozo, la calle segunda, la calle del guafe -muelle-. La erosión como si fuera un monstruo que come lentamente escondió entre sus tripas el puesto de salud, el aljibe, el pozo, la iglesia y colegio. De la antigua Tierra Bomba solo queda la última calle, la que hoy es la vía principal del pueblo.

Lo intentaron todo, resistieron la erosión tanto como pudieron. Pero el monstruo ha sido más fuerte, miedoso, implacable. *"Yo trabajaba echando piedra hasta de noche y eso, y aún así el mar se la llevó, que va eso no aguantó, eso arrastró con todo. La mía fue una de las primeras que se llevó el mar",* comenta Teófilo Girado, en una conversación acalorada.

Y se nota el esfuerzo, las casas que aún están en la orilla tienen toda clase de palos y barriles de cemento, una protección costera improvisada que a pesar de las buenas intenciones no ha servido para nada. La erosión ha sido agresiva, y por más de treinta años ha acosado la isla ante la mirada indiferente del Estado.

Ante el riesgo de colapso, la única solución que han encontrado los tierrabomberos es volver a construir sus casas un poco más lejos del mar o en la parte alta de la isla, lejos de la tragedia, como lo manifiesta José Javier Moncaris, expresidente del Consejo Comunitario *"Cuando se dio el tema de la erosión, la gente empezó a visionar las cosas, y la gente empezó a hacer otra casa arriba, porque veíamos se fue la de no sé quién, se fue la de no sé quién y la mía también va a caer"*.

Cada familia volvía a empezar una y otra vez, las veces que fueran necesarias, como una carrera en la que no se llega sino que se huye. *"Uno se quitaba de un puesto para el otro, todo lo que se le acercaba el mar a uno, uno arrimaba para arriba, al señor se le fue su casa que hizo con el sudor de su frente, echando arena, se le fue la casa y todavía no le han dado ayuda"* dice Teófilo Girado.

Entre los mayores el pueblo se cuentan el número de casas en las que vivieron y lentamente se hundieron, la casa de sus abuelos, la de sus papás y ahora las de ellos.

Antes todos los residentes estaban asentado en la parte baja de la isla, y sólo los cultivos en la parte alta. Pero conforme la erosión fue comiendo, cada quien empezó a hacer su casa donde encontró un terreno, sin ninguna planeación previa, solamente limpiando con el machete en mano. Por eso el trazado de calles de Tierra Bomba no es trazado porque nadie lo dibujó, nadie lo planeó.

Mirla Aaron es una líder comunitaria que a pesar de no ser nativa defiende el lugar como propio. Tiene 47 años y 20 viviendo en Tierra Bomba. *“El tema de erosión no es nuevo, pero digamos que lo daños y las afectaciones, han sido grandísimas. Lo que sucede es que la comunidad de Tierra Bomba, no ha asumido bien este desastre natural, porque ha sido un tema que ha ido paulatinamente en el tiempo. No es una situación que se dio de la noche a la mañana, me dormí y amanecimos sin costas, nos acostamos y nos cogió el aguacero por la noche, nos inundamos, o se vino abajo un derrumbe, como se ha sucedido en los otros desastres naturales”*.

### **Lentitud, el gran problema**

Ante esta situación, desde julio de 2005 el Distrito de Cartagena viene adelantando un macroproyecto “para la prevención del fenómeno de erosión en la Isla de Tierra Bomba”, donde se dispone a realizar en primera fase: siete espolones, tres rompeolas, un muro marginal y relleno artificial. Y en segunda fase dos espolones, dos rompeolas y relleno artificial, por un valor superior a los veinticinco mil millones de pesos. Sólo en el 2015 se inició la construcción de la fase 1, diez años después. Para ese momento fue necesaria una actualización de estudios por los constantes cambios del mar.

Como si no fuera suficiente la demora, el contrato está suspendido desde 2016 *“por una serie de procedimientos que se hicieron en este proceso y el DNP-Departamento Nacional de Planeación no fue informado y el ANLA-Autoridad Nacional De Licencias Ambientales- tampoco fue informado, por causa de eso se produjo una suspensión por procedimiento que todavía no se ha resuelto y el contrato está parado”* sostiene Gustavo León, ingeniero encargado del macroproyecto. Sólo se han construido 7 estructuras, cuatro en Tierra Bomba y tres en Punta Arena.

Mientras todo esto sucede, mientras la lentitud administrativa da alguna solución eficiente, Eliza Liñan sigue perdiendo su casa. En mayo de 2017 todavía tenía baño, aunque fuera literalmente sobre el mar. En agosto de este año ya no tenía. Parece que la erosión no concilia, no da plazos, y menos con la burocracia.

Cuando se le pregunta a León por un tiempo estimado para terminar las obras, dice que no sabe, no puede dar razón. El dinero del proyecto es de regalías, por lo tanto el gobierno nacional es quien supervisa y autoriza muchas de decisiones de planeación o ejecución y ellos vienen si acaso cada mes a Cartagena, asegura el ingeniero.

Lo único que lograron hacer recientemente fue un alargamiento de un espolón en el que cobijó el decreto de “calamidad pública” para Tierra Bomba luego del huracán Matthew.

Pero el monstruo sigue, crece. Es silencioso, y poco a poco, una a una, piedra a piedra ha mordisqueado la costa. Invemar- Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras- reconoce que el borde costero urbano viene sufriendo una tasa de erosión promedio de 0,37 m por año. Lo suficiente para que en más de tres décadas en Tierra Bomba hayan desaparecido tres calles. *“Este ha sido un proceso agresivo pero continuo, continuo en el tiempo, alrededor de 30 años. Entonces no se visibiliza como un tema fuerte, pero si comenzamos a cuantificar, las familias, las viviendas, las personas que han sido sometidas y que han sido víctimas, para nosotros son afectaciones que conllevan a un tema de victimización de un grupo poblacional específico. Muy fuerte, alrededor de 250 viviendas destruidas, con un número de familias superior a 300, y que hoy es muy poco lo que se ha hecho en el tema social”*, manifiesta Mirla Aaron.

Ni siquiera el Plan 4C-Cartagena Competitiva y Compatible con el Clima-, que tiene recursos y entidades internacionales ha logrado ser efectivo en este tema. Hay planes, pero no resultados, acciones verdaderamente eficientes que resuelvan el problema. Un informe de esta alianza revela la gravedad de la situación *“esta situación se hace más compleja si se tiene en cuenta que el 59,74% de la zona costera de Cartagena de Indias presenta una alta y muy alta amenaza por erosión costera. Con el cambio climático se agravarían los problemas a los que se ven enfrentados actualmente los habitantes, así como de la infraestructura, de la isla de Tierra Bomba, la zona turística de la ciudad, la zona portuaria e industrial, Playetas y Punta Gigante en Isla Barú, los archipiélagos del Rosario y San Bernardo e Isla Fuerte”*

Y como si fuera poco el golpe constante de las olas no es el único que genera erosión en la isla, pues los tierrabomberos en su afán de construir han cortado los taludes, lo que en grandes proporciones desestabiliza la estructura del suelo y como consecuencia *“eso genera un riesgo porque eso en procesos de gran intensidad de lluvia puede generar saturación y desprendimiento, y se devasta cualquier loma de esa”* explica Gustavo León.

Si a ese factor le sumamos el cambio climático, lo que eso significa según Ricardo Lozano, exdirector del IDEAM y actual Director General del Centro Nacional del Agua de la ANDI, es que *“el nivel del mar sigue aumentando, y obviamente ustedes están en el mar, entonces por lo tanto las comunidades que están en las islas son las más vulnerables, son las que están expuestas a ese aumento del nivel del mar, pero la isla tiene suficiente territorio para su crecimiento urbano que es precisamente en los puntos más altos, pero todos están desafortunadamente en el borde de la isla, y eso tiene que cambiar, el esquema de ordenamiento que debe tener la isla debe ser completamente diferente al que se tiene ahora donde se expone la comunidad al aumento del mar, **el mar no va a retroceder**, va a seguir ascendiendo, es una máxima del cambio climático y es lo que está pasando, que por el aumento de la temperatura hace que el mar se expanda y que precisamente que el mar siga subiendo”*.

Incluso a Lozano las medidas de protección costera le parecen “medidas paliativas” para el problema de fondo, uno compuesto por el fuerte oleaje del mar en la costa, la saturación de la tierra por lluvias a causa del corte de los taludes y el aumento del mar, con esto la simple protección

costera no es suficiente. Más si demora tantos años en ejecutarse, que según Martha Maldonado, de Secretaría de infraestructura de la Alcaldía, es posible que se tengan que actualizar los estudios cada dos o tres años, porque las condiciones marítimas cambian constantemente.

Si estas obras fueran rápidas, por lo menos se ahorraría el dinero del estudio necesario cada vez que la obra se suspende y vuelve a empezar.

¿Ahora quien le dirá a Eliza, de 76 años, que la casa que heredó de su suegra, y donde vio crecer a sus hijos en algún momento se vendrá abajo, aun cuando ella tenga la esperanza que con el alargamiento del espolón en ele la erosión se detendrá? Porque para personas como Eliza, el arraigo es tan fuerte que sostiene con voz firme “de aquí me voy cuando me muera”.

Ni siquiera la oficina de Gestión de Riesgos y Desastres tiene un plan actualmente según comentó Nayibe Martelo, abogada de la entidad. Por ahora la ayuda que han ofrecido a las familias que están en la línea costera es un subsidio de arriendo por tres meses-que se prorroga- de doscientos mil pesos, al que se han acogido 30 familias. Pero la solución definitiva de reubicación, dependerá de los resultados positivos o negativos que brinde la protección costera, y como esta se encuentra suspendida, la salida se ve tan lejos como el horizonte.

Martelo dice que con recursos todo se puede. Creativamente comenta que posteriormente se tendrá que pensar en incluso alternativas como casas flotantes o sobre pilotes, pero por ahora solo se les hace un acompañamiento a las familias en riesgo y se les advierte de las consecuencias de sus decisiones en caso de quedarse.

Ante esto, el Plan de Ordenamiento Territorial -POT- que fue hecho en 2001, cuando ya la erosión estaba en la isla era avanzada, solo contempla en un Plan Parcial de la isla de Tierra Bomba, “Estudios de riesgos naturales y vulnerabilidad”, pero ninguna acción específica contra la erosión en el lugar.

Por ahora parece que el monstruo seguirá allí, infundiendo miedo, impidiendo que Eliza se asome al patio de su casa, donde el mar no susurra, sino que grita, donde el paisaje es codiciable, pero peligroso. Entre los tierrabomberos la idea de volver a levantarse, cerrar el Canal de Bocachica o no votar como el 9 de marzo de 2014 cuando nadie fue a las urnas como protesta, se escucha entre rumores, porque a veces esa es la única manera de ser escuchados, la única posibilidad de callar al monstruo.

## ARBITRARIA

**Perla Murillo Zapata**

Los dolores de parto la asaltaron en la soledad de su casa. Poseída por la angustia se retorció entre las sábanas mientras sus gritos se fundían en el silencio. Los ojos fríos de su inquilino, que la esquivaron al cruzar por su cuarto, la convencieron de ser la única testigo de su alumbramiento.

Se arrastró hasta una butaca, se sentó sobre ella, abrió las piernas y después de un resignado suspiro, con sus brazos empujó su vientre hacia el suelo, mientras pujaba desde adentro y se tragaba los chillidos. Vio la cabeza de su hija asomarse y con la fuerza que le quedaba pujó por última vez, arbitrariamente estiró sus manos y jaló a su hija Miris Calvo al mundo.

Así la encontró Juana Rey, la abuela de su esposo, para terminar con el trabajo, aquella que le había enseñado el arte de ser partera, cuando a los 15 años se la llevaba como asistente.

### **Arbitraria porque nadie le enseñó eso**

Belermína de ojos caídos pero vivos, de cabello oscuro peinado con juicio y sencillez, decorado con pequeñas canas blancas que escaparon de la pintura, lleva puesta una blusa azul hasta los hombros y pantalones cortos que dejan al descubierto unas extremidades envejecidas, “*¡pero fuertes para hacer lo que sea!*”; camina por la mitad de la calle, parsimoniosa pero segura. Carga en una de sus manos, el almuerzo de su perro, una taza de sopa, que no es ningún desperdicio, sino una digna porción de la olla.

Eliza Liñan de 76 años, siempre vigilante en la terraza de su casa, vestida con un delantal amarillo donde guarda las monedas que recoge de la venta de frutas, -un platón lleno de mandarinas, mamoncillos y mangos enfrente de su silla-, detiene la marcha de Belermína con un cálido saludo y la invita a sentarse a su lado. Eliza cuyos ojos son una mezcla de mar y tierra que llaman la atención por el círculo azul que rodea sus oscuras pupilas negras, afirma que la autoridad en el tema de la partería en Tierra Bomba es Belermína, y la anima a compartir sus secretos.

“*¡La gente es desconfiada por el carné, pero todo este pueblo nació acá!*” Exclama Belermína con orgullo, respaldada por las afirmaciones de Eliza. Belermína ha atendido por lo menos 100 partos en la isla, y todos la conocen como “*la Arbitraria*”.

Eliza es madre de seis mujeres y tres hombres. “*¡Todos los parí en esta isla!*”, declara con orgullo, a pesar de que en la clínica de maternidad la regañaban por semejante arbitrariedad, “*por casualidad aquí no nacen niños en mal estado*”.

Tijeras, cordón y gasa, eran sus herramientas de trabajo. No contaban con ningún estudio certificado. La experiencia las convirtió en “*Arbitrarias*”, como Belermína se refiere a sí misma, pues las tierrabomberos no contaban con un carné que les garantizará asistencia médica profesional, y el aislamiento, siempre enemigo de la urgencia, las obligaba a parir en la isla o dentro de las lanchas en un intento fallido por llegar a la clínica.

“*¡Arbitraria porque a mi nadie me enseñó eso!*” Pero a pesar de la ineficiencia que confiesa, las parteras se valen de trucos tan certeros que en octubre del 2016, sus conocimientos fueron reconocidos como Patrimonio Cultural e Inmaterial de la Nación.

Las dos mujeres recuerdan con aires de admiración a la fallecida Juana Rey, la cual dicen, nunca se enfrentó a un fracaso, ni siquiera el día en que tras asistir a una mujer, Juana se percató de que habían quedado partes de la placenta en el interior. En su angustia Juana Rey pidió consejo de otra comadrona que le sugirió poner un machete debajo de la cama de *la paciente*. A las dos y media de la mañana nada había pasado. La comadrona le dio un segundo consejo: “*le dijo que buscara una persona, un hombre, que orinara, cuatro dedos de orina. Y que se lo diera a la muchacha para que se lo tomara*”, y ¡santo remedio!

### **Un parto en Tierra Bomba**

Contrario a lo que uno podría imaginar, no hay rezos, ni ritos, ningún asunto sobrenatural. El primer paso es asegurar la parte de atrás: “*empujar para atrás porque los niños quieren nacer por el recto... ellos quieren salir por donde sea*”. ¿Cómo?, Belermina hace un nudo en una toalla y la pone en el ano de su *paciente* y empuja hacia adentro hasta que el bebé se acomode.

Cuando Keysi, una amiga de Belermina -cuyo apellido no recuerda- iba a tener a su hija, mandó llamar a la “*Arbitraria*” mientras expulsaba a su marido de una de las habitaciones, *¡yo quiero parir aquí!*, gritó con cólera. Belermina la encontró acostada, lista para el parto, pero esta le hizo una petición extraña, *¡búsquenme un galón!* Cuando por fin lo consiguieron, Keysi lo puso sobre la cama y se sentó sobre él, para asegurarse de que su bebé no fuera a salir por el ano. “*¡Cada vez que pujaba el galón se deslizaba, yo todavía cuando la veo le preguntó por el galón y ella se ríe!*”, cuenta Belermina entre sinceras carcajadas.

Una vez el bebé estaba en las manos de la madre, la partera le cortaba el ombligo a una medida de cuatro dedos. Después, había que bañarlo, eso sí, las madres debían tener cuidado con el ombligo, no podían dejar que este se mojara; “*usted solo le ponía unas goticas de aceite Johnson para que el ombligo atesara*”.

A partir de ese momento, se le daba a la madre 40 días de incapacidad. No podía hacer ningún trabajo que requiriera de sus fuerza. “*Los hijos no consideran nada y todo lo que sufre uno*”, agrega Eliza con aires de pesar, extrañada de ver a tantas quinceañeras bajando de las lanchas, cargando carpetas de maternidad bajo el hombro.

Durante los primeros días, las madres debían usar una faja, que no era otra cosa que un trapo que se amarraban en el nacimiento de la barriga para que la matriz no se rodara. “*Hoy esas peladitas paren y andan por ahí en la calle, después las llevan a maternidad por los derrames*”.

Pero estos 40 días no solo incapacitaban a la madre; los hombres no podían compartir el lecho con sus mujeres, pues éstas debían dormir con sus hijos, “*el fósforo con la candela, arden*”, sentencia Eliza, dejando escapar una pícaro sonrisa. “*Hoy las mujeres que paren, no apartan a los hombres, hoy duermen con el niño*”, agrega Belermina indignada.

Tal como arbitrario era el parto, lo era la procreación y la gestación. Muchas de las madres tierrabomberas que vivieron en los tiempos, en el que la mayoría no contaba con un carné que portara su nombre, nunca recibieron educación sexual. Los métodos de planificación eran desconocidos, por lo que las proles de más de diez hijos eran comunes. Tampoco asistían a citas médicas, controles, ni vieron la foto de sus niños en las ecografías. Ni siquiera había un tipo de dieta o cuidado a seguir. Las tierrabomberas hacían las mismas cosas de siempre e incluso comían sin restricción alguna. *“Entre más disparates comen, más fuertes salen... esas citas y pastillas, ¡puro cuento!”*, afirma Belermina con la seguridad de quien sabe de lo que habla.

Incluso, saber si el bebé era hombre o mujer, era un misterio para las familias, pero no para La arbitraria. *“La barriga del hombre es más redondita, la mujer es más caída... yo decía es mujer y así era”*. Incluso Belermina es capaz, de saber si una mujer está embarazada con solo sentir su pulso. Puede determinar qué día y a qué hora una mujer empezará trabajo de parto. *“Yo voy y le hago un tacto, y le digo tal hora y es preciso, de verdad, verdad”*.

La primera “arbitrariedad” de Belermina, fue con su sobrina Norley quien ya tiene 33 años y sus hijos también nacieron en las manos de la *Arbitraria*.

Desde entonces, no ha dejado escapar la vida de ninguna criatura. *“No he tenido ningún fracaso, ni se me ha muerto ningún niño. Los niños que nacen con el cordón en el cuello, yo así de arbitraria, los desenredo con el dedo y ya”*.

### **Un sueño nunca cumplido**

Certificar sus virtudes en la medicina, es el sueño que no pudo cumplir. *¡Ojalá yo hubiera podido estudiar!*, exclama Belermina con la vista clavada en las calles. Su rostro se ensombrece con tristeza al recordar a su profesora, Brígida Blanco; aquella que creyó en sus capacidades y le ofreció a sus padres educar a Belermina en Cartagena, pues en Tierra Bomba, la escuela era hasta quinto de primaria. Triste es el recuerdo, porque su padre, Catalino Herrera, le dijo que no, *“mi papá tenía miedo de que allá me fueran a comer... mi papá nunca quiso, él nunca quiso, las personas de antes eran como corronchas”*.

Por esa misma razón, su arbitrariedad no está exenta de conciencia y buen juicio, Belermina conoce bien sus limitaciones y sabe decir no puedo. Cuando su amiga Edilma Moncayo iba parir sus gemelos, Belermina ya lista, los esperaba entre las piernas de la mujer, pero lo que vio la espantó. En vez de cabeza, vio un piececito de un bebé que se escurrió de su vista cuando ella lo pellizcó. *“A eso si no me atreví... cuando la muchacha hizo el pujo... se le asomó el piececito, y chacaté, se metió para adentro, a esa niña la llevaron para maternidad en Bocagrande y allá los tuvo. Allá sabían lo que iban hacer, yo por animosa y arbitraria es que hacía lo que hacía, pero yo nunca he estudiado eso”*.

Eliza levanta la voz para afirmar que a pesar de que en este mundo graduarse de cualquier carrera es un desafío, en el otro hay personas dispuestas a educar.

Eliza recuerda a Marciana Liñan, una curandera quien afirmaba que el espíritu de un médico muerto le había enseñado medicina. La curandera era famosa en Tierra Bomba. Eliza no recuerda haber



visto o sabido de un cartón con su nombre, pero la “doctora” dictaminaba recetas que no contradecían a la ciencia.

Ney Cerén es la yerna de Eliza, quien tuvo la mala fortuna de perder a sus tres primeros hijos, “*ocho días me duraban los pelaitos*”. Cuando quedó embarazada del cuarto muchacho, Eliza decidió consultar a Marciana Liñan.

El diagnóstico para Ney fue que tenía la “leche dulce”, al consumirla, sus bebés sufrían cólicos tan fuertes, que terminaban arrebatándoles la vida.

El día que nació su primera hija, Ney se negó a amamantarla, pese a las exigencias de los médicos, en cuyos libros de medicina nunca leyeron sobre el mal de “*la leche dulce*”.

Su negativa la obligó a quedarse un mes en el hospital, “*así hubiera durado un año, pero no le iba a dar seno*”. Ney tuvo dos hijos más, ninguno conoció su pecho, ninguno murió.

Contradictoriamente, aunque parió sus dos últimos hijos sola, afirma que si tiene que elegir, escogería que sus hijos hubieran nacido en una clínica de maternidad. “*¡Yo prefiero parir allá, porque allá está la ciencia!*”

Durante su último parto, los médicos le dijeron a Ney que aún no había llegado su hora. Ney, dudosa del dictamen del médico, empezó a caminar por los pasillos, cuando las ganas de vomitar la sobrecogieron. Palpo sus partes íntimas y sintió la cabeza de su hijo. Tiró una toalla al suelo, y empezó a pujar a la vista de todos. *¡De cosa no me mataste!*, le reclamó Edward la primera vez que escuchó la historia de su alumbramiento.

### **La última Arbitraria**

Belermína es la última arbitraria de la isla de Tierra Bomba, el tiempo las extinguió, el tiempo y la llegada de los carnés. Las tierrabomberos, ahora cuentan con el pase de entrada a las clínicas de maternidad. Aunque no falta la incauta que lo carece y aún requiere de los servicios de Belermína.

Al parecer la arbitrariedad morirá con ella, ya no hay a quien dársela, ya no hay quien pida esta herencia. Belermína no se lamenta, afirma que su oficio es malagradecido. *La arbitrariedad nunca le dio de comer. “Uno va de madrugada, a medianoche, con agua... y nunca dan na!! no pagan ¡na!... era una rareza que alguien desde su conciencia, le diera algo a uno... en estos 33 años que he cogido niñito... unos nada más, me daban 5000 pesos... a veces me daban 10000”*. Sin embargo, no guarda rencor por ello, pues Tierra Bomba es una familia de familias, y a los parientes no se les cobra, “*todos somos pobres, no me pongo a estar exigiendo*”. Belermína, vendiendo lotería y ron, sostuvo sola el hogar que un día su esposo desamparó. Hoy vive de los trabajos de medio tiempo de su hijo mayor, pero siempre está dispuesta a trabajar en lo que salga y hasta donde los achaques de la vejez se lo permitan.

Malagradecido es su oficio, porque ni aún los créditos son para ella. Los niños que nacen bajo su experticia son registrados en la clínica de maternidad como “nacido vivo”. Hace un mes, se la llevaron en ayunas para registrar a la hija de una pareja cuyos nombres no recuerda, “*yo no se como se llaman esos enredos*”, exclama Belermína enojada, pues estuvo allí toda una jornada, y no le ofrecieron ni un solo vaso de agua.

Pero lo que en realidad la entristece, es el hecho de haber recibido tantos hijos ajenos y tan pocos propios. Belermina solo tiene dos hijos; hubiera querido tener muchos más, pero su marido se *portó mal*; la abandonó y se llevó con él, la esperanza de alargar su prole. Los años que vivió con ella no fueron suficientes para llenar su hogar de retoños, pues tenía 27 años cuando cometió la arbitrariedad que la hizo madre. *“Yo me case tarde, cuando tenía 25 años, tardísimo... el tiempo se perdió. Usted ve las pelaitas ahora ya de 15 o de 13, ya tienen hijos”*.

La consuela la conciencia, de que con la difícil situación económica que la acompañó durante toda su vida, no hubiera podido sostener la crianza de muchos niños. *“En otra vida hubiera querido tener cuatro”*.

En vista de que los tiempos han cambiado, Eliza y Belermina tienen un consejo para las muchachas incautas: *“no se queden sin hijos, porque ellos tienen la obligación con uno. Y no solo uno, sino varios, “porque siempre hay un diablo por el medio que nos quita uno”*. Eso sí, advierten que no hay que hacerlos con cualquiera y cariñosamente ofrecen sus servicios, pues, hasta la intuición para identificar a los malos hombres les fue concedida.

## MÉLIDA MONCARIS: UNA HISTORIA DE ORO

**Liliana Barrios Rodelo**

Mélida parece estar segura de cada recuerdo, pero también de cada olvido. Acepta que el tiempo no pasa en vano y su memoria no llega a algunos lugares de hace más de 30 años. No recuerda con exactitud la última vez que encontró oro, pero sí cómo inició todo.

### **Tierra Bomba, cuatro décadas antes**

Una arena dorada a un lado del cementerio del pueblo, una mezcla entre la sal, el agua y el formol. La erosión del lugar había humedecido el salitre de las tumbas. Los restos de algunos cuerpos fallecidos se asomaban entre la arena blanda del lugar. El sol había iniciado su descenso. Mélida sabía que se acercaba la hora de partir. Como es habitual, la pila de conchas de caracoles que había reunido con sus manos arrugadas y blancas por el agua de sal, yacía en la orilla a donde apenas llegaba el suspiro de una ola. Justo al lado, un barranco.

Mélida cerró los ojos. No pudo evitar pensar en Clotilde. Esa vez se había quedado en casa, ahora ignoraba el golpe de suerte que había atacado a su amiga. Con la emoción de una niña de cinco años, seguida del asombro que la invadió entonces, Mélida advirtió que su suerte había cambiado. Una, dos, tres, cuatro, decenas de esquirlas de oro se extendieron ante sus ojos. Ella lo conocía. Cepilló la arena con sus manos, atrayendo consigo los trocitos dorados y las conchas de caracoles. Estando ahí en la arena miró a su alrededor como si aquello fuera prohibido. Pero la curiosidad fue más grande que el temor de ser sorprendida. Asumió que era su suerte, su hallazgo, su oro, incluso su playa.

Las calles de regreso a casa estaban más habitadas que de costumbre, ya no quedaba nada del día soleado, pero sí del asfalto ensalitrado de los andenes, los niños semidesnudos en las terrazas, y la gente en las calles como si esperaran que algo ocurriera. Ya más por costumbre que por cortesía, Mélida saludaba a las vecinas que hacían de guardia sentadas en una mecedora junto a las puertas de sus casas. Todas sumidas en una miseria innata. Tan innata que se confundía con riqueza.

Era común no tener liga para la cena. Cuando una le pedía a la otra una parte de lo que hubiera logrado pescar el marido ese día, este último respondía “sólo conseguí para la liga”; en ese caso se las arreglaría fiándole al dueño de la tienda. Era común que las casas estuvieran aún en obra negra, pero eran felices por tener al menos una. Esperaban un golpe de suerte, aunque se acomodaban a lo que tenían.

Llegó a la puerta de su casa y junto al umbral observó en el interior las paredes de bloques grises sin pintar, una silla de plástico negra, un comedor destartado y un televisor ubicado en un mueble color sepia. De uno en uno iban saliendo los pequeños a recibir a su madre. Mélida recordó lo que había ocurrido antes. En la playa. Junto al cementerio. Le resultó inútil la idea de relatar el hecho. No se trataba de cadáveres, ni de historias de terror, como las que rumoraban en el pueblo. Decidió callarse. Sabía que su suerte había cambiado, pero no tenía claro de qué manera.

### **El oro se evaporó**

Nunca tuvo una suerte de oro. Ni su fecha de nacimiento siquiera conoce. A los pocos días de haber nacido en lo que otrora fue un rancho de techo improvisado y camas de plástico, Mélida fue arrebatada de los brazos de su madre. José Ángel Moncaris, su padre, se la llevó con él a su casa a orillas de la playa. De esa casa ya no queda nada. Sólo agua, arena, y más agua. La erosión obligó a

Mélida a desplazarse a la loma del pueblo. Una pendiente a la que se sube por una empinada escalera de cemento. Allá arriba en la loma, se divisan los edificios del otro lado de la bahía.

-Me bautizaron corriendo porque yo estuve enferma, estuve malita. Nunca me dijeron en qué año nació. La partida de bautismo está en la Catedral, pero yo nunca hice por ir por allá-.

Alguna vez estando en Clemencia, donde vivía con el que fuera su marido, Mélida decidió hacer los trámites para reclamar su cédula luego de la insistencia de Rosita, su cuñada. “Pero yo no sé en qué año nació”, exclamaba Mélida a su cuñada. A lo que la última respondía “No importa, ponte la edad que sea”; y así, tal cual fue, Mélida Moncaris Girado decidió nacer en un caluroso 12 de abril del año 1935, por lo que -para la publicación de este escrito- tendría 82 años de vida, “no sabiendo yo si esa es la edad mía”, exclama entre risas. Sí, poco le interesa conocer su verdadera edad.

A su amiga Clotilde, compañera de caza de caracolitos nunca la acompañó la suerte. -Mélida sí encontraba oro, yo nunca encontré nada-. Su verdadero nombre es Matilde Caicedo, negra de ojos oscuros, y pelo engajado; todos la conocen como Cloti. Sus manos parecen estar hechas de acero. Con ellas clava una puntilla en las conchas de caracoles: gallinitas, huevitos, botones, puyonas. Hasta a las conchas marinas les cambian el nombre.

-Ah, Gerónima-. Así responde cuando le preguntan por Mélida. -Sí, ella es amiga mía-. Matilde, Clotilde; Mélida, Gerónima. Así son en Tierra Bomba, Hasta a la gente le cambian el nombre.

Los dedos desgastados por arrancar con una champeta la punta de los caracolitos para incrustar el hilo nylon, es parte del proceso para elaborar la artesanía.

-“Me iba bien, a veces hacía 40, 50 mil pesos diarios, y eso me alcanzaba para vivir”- afirma Mélida. Clotilde aún lo hace. Como quien se enorgullece de su labor, exhibe con regocijo la bolsa naranja en donde guarda las docenas de collares. Ambas niegan haber heredado este arte de su familia. Las mujeres artesanas del pueblo eran su sensei.

Mélida dejó de recoger conchas cuando ocurrió el accidente. Una chispa del carbón con que encendería la leña para la comida de aquella tarde, cayó como un trozo de hielo seco en su ojo izquierdo. No perdió la visión en su totalidad, pero ahora sabe que a simple vista no es tan simple encontrar caracolitos.

Aún, en pleno siglo XXI, en algunos hogares tierrabomberos se cocina con leña y carbón. El oro que alguna vez hubo, y del que Mélida fue testigo fiel, sólo son vestigios del pasado. Los días de verano en Tierra Bomba transcurren entre el agua salada, las conchas de los caracoles, y los pescados para la liga.

Para Mélida la posibilidad de hallar tesoros ocultos sólo era una fantasía de su época de infancia cuando de los labios de su padre escuchaba las anécdotas de los ricos españoles que pisaron tierra firme en la actual Tierra Bomba, despojándose de algunos bienes, tomando otros en su lugar. Pero la fantasía se materializó, aunque no quedó nada de ella.

-En el verano, la mareta subía, y después cuando bajaba era que se quedaban ahí en el barranco. Pero me dicen que ya no. Yo tengo años que no voy por allá. (...) Eso salía era de la arena negra. La blanca no. No se si era que salía del mismo barranco. Yo solo los agarraba, los cambiaba por joyas. Las guardaba siempre en un cofrecito dentro de mi baúl-.

Era la época en que la ropa y objetos valiosos eran guardados en un baúl. El de Mélida era uno grande y espacioso. En alguno de sus tantos viajes a la ciudad, tuvo que dejar su casa sin más compañía que los golpes de las olas. Uno nunca va al mar sin regresar. Sólo algunos no cuentan con suerte. Pero Mélida regresó ese día. Fue un octubre de algún año hace mucho tiempo. La ropa

regada en el suelo de barro, y el baúl abierto de par en par anunciaban su mala suerte. Habían robado su cofre. En el que guardaba sus joyas. Las que le habían dado a cambio del oro.

Mélida es feliz al recordar cuánto oro tuvo en su vida, aunque la casa de bloques sin repellar, la puerta de madera destartada que con lapicero reza “Moncaris”, y los escasos objetos en la sala de su casa no reflejen aquello. El oro resultó ser como una gota de agua en el desierto que el sol finalmente evaporó. Tal es el anhelo de esta mujer de contar con algo de suerte, pero al mismo tiempo no desear nada. Vivir en la incertidumbre de que el mar abrace esta tierra en su totalidad, de no saber si habrá buena pesca el día siguiente, o de no saber si algún día tendrá un acueducto.

La riqueza de Mélida siempre ha sido fugaz, como la de algunos nativos de Tierra Bomba. Tiempo atrás se escuchaban los rumores de aquellos que en la noche veían una luz dorada que surgía del fondo de la tierra. Se trataba de un destello de luz que emanaba de entre la oscuridad; al siguiente día excavaban el lugar en busca del extraño fenómeno, y justo ahí lo encontraban. Era luz, era dinero, era oro.

Era oro de cualquier forma. Cuentan que la difunta Miguelina, quien encontró enterrada en el patio de su casa una tinaja que dicen era de oro, rellena de un polvo dorado -que al parecer era oro molido- terminó por botar lo que pudo haber costado una fortuna. Nadie sabe qué pasó con la tinaja y el oro, pues ni la misma Miguelina sabía lo que había encontrado. Mélida sí sabía lo que traían las olas. En la playa conocida como Barrenilla, donde a la orilla del mar se formó un barranco, solía encontrar las esquirlas doradas, de las que hoy cuenta con cautela.

Nunca tuvo una suerte de oro. Ni su fecha de nacimiento siquiera conoce. Ni una esquirla de oro aún conserva. Ni su vista le permite seguir haciendo collares. De la Mélida Moncaris de antes sólo queda una ilusión -tan incierta como su edad- de seguir siendo la última mujer del pueblo con vida que encontraba oro en las playas de Barrenilla. No recuerda la fecha exacta, ni el año en que dejó de encontrar oro, sólo se sabe que aquella es una vida incierta, y que vale todo el oro del verano.

## EL PEZ BLANCO: CUANDO LA COCA NAUFRAGA

Yeidis Bobadilla Galvis

Siéntate amiga, te voy a contar algo que muchos sospechan, pero que muy pocos saben.

### La inocencia de un futuro pescador

Ese día Nando -uno de los pescadores más respetados- sacó un pargo rojo más grande que yo. ¡Qué animalón! Era de las pescas más grandes que vería en mi vida, o al menos eso creía. Tenía 12 años, recién cumplidos, aún recuerdo como si fuese ayer. Mi mamá me dijo que no fuera hasta la orilla, que ni me acercara al mar, porque tenía un pálpito -presentimiento- que la estremecía. Pero, dígame usted, para mí que el mar de Tierra Bomba es como mi sábana, ¿qué podía hacer más que acudir a su llamado? Me arropaba en él cada vez que tenía la oportunidad. Sin falta a la cita.

El día apenas comenzaba, eran casi las 7 de la mañana. Mientras nadaba con unos amigos cerca del puerto, vi como la lancha de don Luis -un pescador veterano- venía a toda prisa hasta donde estaban un grupo de señores. Traía varios bultos y la carnada que había llevado seguía intacta. “Ay gracias a Dios” dijo una señora que pasaba. Yo no entendía. Decidí acercarme al lugar para conocer más detalles.

Al principio eran solo 5, pero no sé en qué momento ya éramos casi 15 personas en el puerto. En cuanto a mí, ni se fijaron de mi presencia. “¡Coca!, ayy con eso tengo pa’ la comida” gritó uno de los señores mientras rápidamente se ponía un suéter y una gorra. Amiga, cuando dijeron coca, no sabes todo lo que se me vino a la mente. Yo esa palabra sólo la había escuchado en las noticias desde el radio de mi abuelo y en los mitos que susurraban en las calles cuando alguien pasaba de casa de tablas a una de material. Eran muy pocas en esa época.

De repente vi como Andrés, uno de los que estaban en el puerto, apareció en una lancha mediana de rayas azules con blanco, y llegó hasta la orilla a recoger a los demás. Uno a uno salió a toda prisa hasta la embarcación con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos exaltados de la emoción. Lo primero que pensé fue en la casita de mi mamá. Aquella que se cimentaba hasta el momento sólo por el sueño de construirla, mientras aún vivíamos bajo el techo de mi abuela.

### La gran pesca

No lo dudé un segundo más. Me aventuré, y me lancé hasta el mar y como pude me enganché en la lancha. Aunque esta vez sí me vieron. Intentaron bajarme, creo que tres veces, con la excusa de mi corta edad. Pero, con la fuerza de uno de 20 años logré escabullirme y la esperanza de una buena pesca, pero de pez blanco, les motivó a dejarme tranquilo en aquella embarcación.

Fueron 2 horas viajando. Me dio mareo en varias oportunidades. No sé si era cosa mía, quizá por la emoción, pero el mar se veía hermoso, amiga. Un azul que nunca antes había visto. Mientras miraba a lo lejos vi como varios costales, cerca de 30, yacían en altamar como en busca de un dueño. “¿Será eso lo que llaman coca?” me pregunté, con aquella inocencia que me pertenecía. “Llegamos hasta el lugar que indicó don Luis” dijo quien piloteaba. La zona de Los bajones, un sector donde llega la corriente de la vía de los grandes buques de carga que se divisan desde el corregimiento de Bocachica. No terminó de decirlo cuando ya varios estaban nadando hasta aquellas bolsas.

Ahí reaccioné. Yo también tenía que tomar una. Parecía un sábalo -tipo de pez- zambulléndome en ese mar, que aunque no me creas, era dulce arriba y salado en la profundidad. Esa diferencia sólo la percibimos aquí en Tierra Bomba, amiga.

Alcané a pescar dos peces blancos. Estaba bien cansado. En total se subieron aproximadamente 18 de ellos -sacos de coca-. Cada uno tenía en su interior 24 paqueticos.

Amiga, ahora que tengo más experiencia te lo puedo decir. De pronto cuando eso ocurrió, ni me lo imaginaba. Pero, generalmente los sacos los identificábamos porque venían rotulados como si trajeran en su interior granos de café, colores y hasta dólares; y efectivamente si los traían, aunque todo fuera camuflaje en la parte superior mientras debajo se escondían nuestros peces blancos.

El cargamento de esa ocasión iría hasta México. Pero, antes de vestirlos la Armada, el buque de donde provenían decidió lanzarlos al mar. ¿Si te fijas? Una vaina loca, puede ser tan misterioso el mar, que hasta de almacén sirve, un amigo que cuida tus tesoros mientras pasa el peligro.

En fin, quedaron más de 10 sacos aún en altamar. Nos dolió, pero ¿cómo hacíamos? No cabían más en la lancha y el peso ya sobrepasaba lo recomendado. Además, iba demasiada tripulación. Con el dolor en el alma, debíamos regresar.

### **Pescadores de mar y de tierra**

Fueron dos horas más de vuelta. En cuanto llegamos, no nos bajamos en el muelle normal, sino que fuimos hasta una costa llena de monte. Precisamente allí, Andrés dijo que debíamos esconder nuestros peces. Yo sólo seguía sus recomendaciones, esa era mi primera vez. Había sido una buena pesca.

Ubicamos de forma prudente todos nuestros peces en la maleza. Pero, pasaba algo. Estaban quienes pescábamos en el mar y los pescadores de tierra. ¿Habías escuchado sobre eso, amiga? pues te seguiré contando. Mientras algunos nos aventurábamos hasta altamar, otros, por el contrario, estaban atentos a nuestro regreso. Vigilaban cautelosamente nuestros pasos, que no lograba borrar el mar, y se fijaban en el lugar exacto en donde escondíamos nuestros tesoros. Su ataraya era su astucia. Hasta los admiraba.

Escuché muchos casos, donde luego de una gran pesca, desaparecían los peces y con ellos varios sueños de superación. Gracias a Dios nunca me pasó. No sé cómo hubiese reaccionado. Al menos yo logré hacerle la casa a mi mamá, ahora es de las más bonitas del pueblo, mi amiga. Se la hice precisamente en ese sector del corregimiento, que quienes conocemos la historia, le llamamos burlescamente el sector de la coca. Cada vez que paso por ahí me acuerdo de las grandes faenas que viví con mis peces blancos. Hay casas muy lindas, seguramente la gente no se hubiese imaginado tenerlas.

### **Los peces tienen dueños**

Pero, la jornada de pesca no acaba allí. Ahora venía lo bueno. La venta. No es que seamos narcotraficantes, ni nada por el estilo, pero imagínate, aquí que no hay ni agua para el consumo, amiga. Era entonces cuando llegaban los verdaderos dueños. Aquellos que hicieron naufragar las panelas en el mar. Nadie sabe quiénes eran, o cómo se llamaban. Lo que sí se sabía apenas pisaban Tierra Bomba es que eran los dueños. El camina'ó, la vestimenta, el peina'ó ¡todo, mi amiga! Esa gente no era de aquí. Aquí que nos conocemos todos, somos una sola familia. Si no se enlaza un apellido con otro por un lado, se enlaza por el otro, pero de que emparentamos, emparentamos.

Pero, eso no era lo que te estaba contando. ¿Qué era? Ahh sí, los dueños. Llegaban según ellos discretos. Te juro que no sé cómo, pero iban directo a la casa del que ese día había pescado al pez blanco ¡Coca, amiga! ¡cocaaa!.

Pagaban en pesos colombianos, o con prendas de oro. ¿Sabes cuánto me dieron por los dos peces blancos? o bueno, a mí no, a mi papá, fueron cuatro millones. Nunca había visto tanta plata en mi vida.

Y así se fue creando todo. Lo encontrábamos y esperábamos a que apareciera el dueño, y que nos diera algo a cambio. Mientras, el pueblo se iba vistiendo de material. Las casitas iban tomando color y elegancia. ¡Los que coronaron, coronaron! ¡Los que no, no! Ya eso no se ve.

Cuando eso, el que no quería casa, compró una lancha, la carnada, o hasta el nailon para la artesanía.

Ayyy hasta risa me da recordarlo todavía, amiga. Es que no somos narcotraficantes, en lo absoluto. Pero, dime tú, acá nadie nos ve. Cuando un pescador le va bien -con pesca normal- todo mundo se alegra, pareciera que hasta los animales sintieran. La gente sonrío, porque sabe que así sea un pescado se va a echar al estómago. Porque si te pones a vernos desde la orilla del mar en Cartagena, desde la comodidad de la ciudad amurallada, la ceguera no deja vernos, y así pasa con todo. Tierra Bomba para el gobierno distrital y quien sabe para cuantas personas, está más allá del horizonte que ven en el mar, y pues sencillamente no existimos. Eso mi querida amiga, es triste, pero es la realidad que a veces nos lleva a tener faenas de pesca como la de los grandes **peces blancos**.



## DESTERRADOS

Perla Murillo Zapata

La Bocagrande de edificios blancos y lujosos, de plazas costosas y playas refinadas, un día fue el agreste hogar de afrodescendientes nativos, que por su fenotipo no encajaban en los proyectos modernos que harían de Cartagena una potencia turística. Por lo tanto, fueron dispersados en la ciudad y algunos expulsados a las islas. Así nació el poblado de Tierra Bomba y hoy sus descendientes no solo heredaron esta tierra, sino la lucha de sus antepasados por proteger su hogar. ¿Cómo terminará? ¿la historia se repetirá? Estas son las preguntas que deja en el aire la resolución que afirma que, Tierra Bomba le pertenece al Distrito.

*Mis padres nos lo contaban a todos nosotros, a los que éramos ya los últimos hijos; de que ellos vivían en Bocagrande. Pero ellos tenían una choza aquí en Tierra Bomba, porque la isla era de pescadores. Ellos vivían allá y hacían sus labores acá.*

*Por eso mi papá me dijo que de pronto: ¡ah! es que tienen que desplazarse porque al año tienen que irse. El gobierno no les dijo “ustedes van a irse pa’ tal casa” sino “ustedes tienen que desocupar y van a desocupar”.*

*No les dieron una oportunidad, no les dieron un lugar a donde ir. Como había otros que sí tenían familia en Cartagena, se quedaron en Cartagena, y otros como tenían sus chozas acá, se vinieron para acá, con su familias.*

*Mi mamá se vino con sus cuatro de hijos, embarazada. Mi mamá, tuvo, como a los cuatro días que los echaron de allá, tuvo su hijo aquí, en una choza.*

***Virginia “Vigo” González, 74 años, Tierrabombera***

Allá en la choza, la que hizo el señor Nando, en la esquina del poblado, en la punta, donde el mar acaricia la isla, se reúnen José Daniel Cervantes y los hermanos Willi y Luis Caraballo. Doce palos flacos sostienen el techo de palma, inmunes a la bravura del viento. Las olas golpean sin descanso las piedras, amenazando con conquistar sus casas. Pero lejos de provocar angustia, su intermitente bramido que se fusiona con el sofoco, arrulla la tarde, dándole al paraje un ambiente sosegado. Una silla de palo y siete sillas plásticas envejecidas, esperan a sus fieles visitantes, que suelen conversar sin afanes, siempre con la vista puesta no sé si en el círculo azul que los rodea, o en la imponente Cartagena; aquella ciudad que nombran con frialdad, como si se tratará de un lugar misterioso o ajeno a ellos, como si las cédulas que llevan sus nombres, no los identificara como sus hijos.

Esta vez la conversación gira en torno a la resolución para la clarificación de predios N° 04102 del 2015, que afirma que el lugar donde están sus casas, todo le pertenece al Distrito de Cartagena; la enramada, el pollo de seis meses que nadie quiere matar, el mesón donde pelan los pescados, la arena donde descansan sus lanchas, la terraza donde toca el Picó, todo el poblado de Tierra Bomba.

*“Todo esto es de nosotros, yo aquí mando, si ustedes están asentadas aquí, de aquí no hay quien las mueva, ¿por qué las van a parar? ¡Vaya pa’ allá, usted no es de aquí!”*, Exclama Willi con pasión, sentado con las piernas abiertas; sus pies descalzos como su pecho exponen su piel tan negra que atrapa la luz, cuyo sudor brilla con los rayos inmisericordes del sol del mediodía que se filtran entre las hojas marchitas. José Daniel se mece en la silla, con el rostro apacible, mientras Luis, que no se parece en nada a su hermano, pero sí a su padre, espera su turno para hablar.

## ***Tierrabomberos sin tierra***

En busca de la resolución del conflicto entre Estado, nativos, terratenientes y La Fuerza Armada, que afirman tener derechos sobre la isla, se decidió iniciar una investigación que clarificara qué era de cada quién. En conclusión, el Ministerio de Agricultura y desarrollo rural, representado por el Instituto colombiano de desarrollo rural (INCODER), determinó que Bocachica posee una titulación colectiva. Caño del oro es un sector baldío y la Fuerza Armada tiene derechos sobre este territorio, y el poblado de Tierra Bomba terminó siendo propiedad del Distrito de Cartagena. *“Los demás documentos que tenían y todas esas posesiones escritas, las declararon de falsa tradición. No tienen validez. Únicamente le dieron validez a las escrituras del Distrito de Cartagena. Ninguno más es dueño sino el Distrito”,* afirma Mirla Araon, líder comunitaria de Tierra Bomba.

Mirla, de ojos claros como la miel, cabellos crespos y mirada penetrante, llegó a la isla hace veinte años para visitar a unas primas. En pocos días la isla la enamoró y desde entonces, es una de sus defensoras más aguerridas. *“Los lotes son herencia, esto es herencia, va de generación en generación. La única de aquí que no es heredera soy yo, porque no soy nativa, no soy nacida aquí. Pero la gente de aquí, sus abuelos, sus tatarabuelos... los únicos dueños por más de 400 años... ¡los únicos dueños somos nosotros!”*

*“La alcaldía piensa que nosotros somos unos invasores”,* recalca José Javier Moncaris Padilla, quien fue presidente del consejo comunitario de Tierra Bomba por 6 años; a quien le parece absurdo que el terreno que heredó de su padre y otro de su abuelo, hoy le pertenezca al Distrito. A pesar de que en las reuniones que la comunidad tuvo con los representantes de la Alcaldía, se ha demostrado la legitimidad de los derechos demandados por el Distrito, José Javier cree que un papel no hace dueño a nadie de ningún territorio. *“Si tú te das cuenta, la gente busca un palo, piedras, trabajando la tierra, protegiéndola, porque la gente siente que esto es de ellos. Cuando algo no es tuyo, tú no lo proteges, pero cuando algo es tuyo, tú te matas con el que sea por lo tuyo. Entonces yo de allí tengo la lógica... si la alcaldía sabe que esto es de ellos, ¿por qué no lo protegen?, ¿por qué no lo hacen?, entonces tú te das cuenta que no es de ellos realmente”.*

*“Hoy en día, las personas que nunca trabajaron, hoy se creen dueños de las tierras”,* afirma con pesar Hernando Caraballo de 76 años, a quien todos llaman Nando y quien es la personificación de la memoria de Tierra Bomba. Con la vivacidad intacta de sus ojos café claro rodeados por un delgado círculo azul, habla de su tierra como de la esposa de toda la vida. *“Esto es un tesoro, porque es la vida de uno, ¡tanto hemos vivido aquí cuidando la tierra!”*

(Conversación debajo de la choza)

**Willi:** *Tú qué crees, lo que dijo la señora esa, esa mujer es mal pensada, dijo: ustedes aquí no les falta nada, ¿usted por qué dice eso? Vea solamente por la cantidad de gente que llega aquí a esta isla... ¿cuánto no vale una lancha de esas?, hay lanchas que salen por treinta millones, cuarenta, de que hay, hay. De que hay plata invertida, ¿quién va a pensar que eso es regalado?, aquí hay millones sobre millones. ¿Cómo se compran las lanchas?*

**José Daniel Cervantes:** *Ay, ese es el sudor de uno.*

**Willi:** *Esa tierra donde tiene él (José Daniel) su casa, esa es tierra de la mamá, y ella se la regaló. El tierrabombero está viviendo junto a los papás, y el hijo termina haciendo la casa más bonita que la del papá.*

### ***La tierra es de quien la protege***

El abandono estatal es una de las razones más fuertes a la que alude la comunidad para cuestionar los derechos que este reclama. El 14 de abril del 2017 el periódico El Tiempo publicó un reportaje que expuso la pobreza y las condiciones precarias en las que viven los isleños. Los tierrabomberos no cuentan con acueducto, servicio médico integral, ni servicio de gas, ni gozan de un sistema eléctrico efectivo. La fuerza pública es contada con los dedos de una mano y los políticos solo se aparecen durante el periodo electoral; motivo por el cual, en el 2014, los tierrabomberos rompieron las tarjetas electorales y bloquearon los puestos de votación, pues la alcaldía había hecho caso omiso a las súplicas de los nativos que exigían protección costera, pues la erosión que ya había desaparecido tres calles, amenazaba con destruir sus casas.

(Conversación debajo de la choza)

**Luis:** *Yo les digo una cosa, para mí el distrito aquí no tiene nada, son unos arbitrarios, nunca han visto por nosotros, y se ponen de ociosos... el espolón que iban a poner es como una burla, y también los vamos a burlar nosotros.*

**Willy:** *Iban a poner otro para proteger esto y no lo pusieron, ¡que abran el ojo! El man ese de la alcaldía dice y que sí hay plata, ¡pa' esto hay plata! Sino que andan robando, por eso es que andan cogiendo bastantes senadores y alcaldes.*

**Luis:** *Verás tu, que cuando venga la votación, nadie va a votar. Un día no votaron, hace como tres años.*

El ingeniero del macroproyecto de protección costera en Tierra Bomba, Gustavo León, es consecuente con esto. Según el funcionario, Tierra Bomba no estaba en los planes del Distrito, pues carece de un proyecto urbanístico y no cuenta con los servicios públicos básicos; y al parecer, su realidad está lejos de cambiar pues es un tema del que no se habla. “*Si vas a islas más pequeñas como el islote, que tu entras por una casa y cuando sales al patio, estás en otra casa. Yo no sé cómo las autoridades nacionales, a quien le competa, han dejado postrado urbanísticamente a esas islas, todas, porque son todas, o sea la gente vive de una manera, ¡como sea!*”

Pero a pesar de la realidad socioeconómica que agobia la isla, sus habitantes no se van, el poblado sigue creciendo y extendiéndose, hacia lo que llaman “*La loma*”, una extensión de terreno en lo alto del cerro que cobija la costa.

(Conversación debajo de la choza)

**Willi:** *Usted puede decir lo que sea, pero aquí se vive mejor que en la ciudad, aquí un niño puede salir, aquí cualquiera se duerme en la noche y allí amanece, ¿quién se mete con él? Nadie se mete con él. Aquí han venido de afuera, y lo ven trajeado y le dicen, compañero tírese aquí. En Cartagena las puertas tienen que estar cerradas a toda hora.*

**Luis Caraballo:** *No es lo mismo, esto es una isla, en la ciudad hay más delincuencia, más de todo.*

**José Daniel Cervantes:** *Aquí más bien todos son familia. Lo que más me gusta de Tierra Bomba es la tranquilidad.*

**Willi:** *Y que uno se gana la platica. Por ejemplo, nosotros estamos aquí y si tú me dices, ey ve ve, pa' que se ganen un día allá. Porque el tierrabombero, el isleño, es un duro.*

### ***Titulación colectiva para Tierra Bomba***

El concejo comunitario no se ha quedado con los brazos cruzados, y ha exigido al Distrito proteger el poblado de Tierra Bomba, a través de la concesión de una titulación colectiva del centro urbano y una zona de expansión en concordancia con el decreto 1745 de 1995, que en conformidad con la Ley 70 de 1993 y en cumplimiento de la función social y ecológica de la propiedad, se reconoce a las Comunidades Negras el derecho a la propiedad colectiva de las tierras baldías que han venido ocupando en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, y en otras zonas del país, de acuerdo con lo establecido en el inciso segundo del artículo 1º de esa ley.

*“Nos hemos acercado al Distrito a conversar el tema de tierras, a ver cómo podemos llegar a un acuerdo, a ver cómo podíamos respetar el tema de la comunidad... en ese sentido nos sentamos con la alcaldía, cuando era Manolo, y habíamos llegado a un acuerdo, ellos iban a dar una carta de cesión de tierras, - no son todas -, para que la comunidad la habitara e hiciera los usos y costumbres que venían desarrollando. Entonces estamos en ese proceso; hasta hoy sigue en firme”* asegura José Javier Moncaris , que al igual que Mirla no cree que su petición sea negada. *“Con nosotros nadie se mete y nadie se va a meter, porque eso sería fatal para el país en este momento que se supone estamos en una cobertura política de derechos y de restitución de derechos, digamos de reconciliación, sería un atentado contra una etnia, ¡eso es un etnocidio!”*

Sin embargo, Willi, Jose Daniel y Luis, expresan su desconfianza, pues para ellos no es un secreto que el brazo turístico de la ciudad busca extenderse hacia las islas. Por lo que tienen la certeza de que sus casas están en la mira del Distrito

*“Tú sabes qué quiere hacer el gobierno, ellos quieren comprar acá, a ellos les interesa esto acá delante. A ellos no les interesa eso allá atrás. Esto lo ponen bonito, ellos quieren es la orilla, ellos no van a buscar para atrás, ellos quieren es cerca del mar, asegura Willi entre risas”.*

Pero según ellos los tiempos han cambiado y los pesares han matado la inocencia. La historia de los nativos expulsados de Bocagrande, no se repetirá en Tierra Bomba.

(Conversación debajo de la choza)

**Willi:** *Eso era antes, que la gente era corroncha, pero este es otro mundo. Antes cualquiera decía ¡la policía!... ahora uno dice ¿quiénes son ustedes? vaya pa' allá ombe...*

**Luis:** *Miren, ustedes están creyendo que esta isla es ¿qué?, que la gente ¿aquí es qué? Ustedes ni se lo imaginan. Ah no, ah no, deja que la gente se emberraque.*

Para José Javier Moncaris perder la tierra que heredó de sus antepasados, significaría la disolución de un concejo comunitario que defiende los derechos de la comunidad de afrodescendientes a la que pertenece él y su familia; *“que es lo que hoy, a través de la ley 70 los avala y les da una fortaleza gigante”*. Por otro lado, en la tierra que hoy legalmente no le pertenece, reposan sus sueños, su futuro y sus años de trabajo. *“Aquí hay sueños, aquí hay esperanza de vida, aquí la gente desde que nació estamos en estas, algunos desde niños están con sus cultivos, algunos con su pesca”*.

Incluso asegura que un tierrabombero no podrá sobrevivir fuera de su hábitat, pues solo su tierra le provee lo necesario para vivir y desarrollarse, por lo cual recalca que aunque el gobierno les prometa casa en otro lugar, no abandonarían su tierra. *“El muchacho que salió a pescar y trajo un pescado grande, esa es su vida, entonces cuando tu lo vas a llevar a otro contexto es algo que él nunca, nunca va a asimilar, entonces por eso es que nosotros estamos en esta lucha, para mantener a nuestra tierra unida”*.

Sin embargo, José Javier Moncaris comprende las intenciones del Distrito, que hoy pone sus ojos sobre la isla. Lo único que pide es que su comunidad juegue un papel activo en los planes a desarrollar y no la vean como un obstáculo del que hay que deshacerse. *“Sabemos que Tierra Bomba puede ser una parte importante de la misma ciudad, pero también deben tener en cuenta que estamos los nativos”*.

En la mente de los tres tierrabomberos debajo de la choza de hoja de palma, hay otra razón por la cual nunca venderían sus tierras: la esperanza, la esperanza de que el plan turístico que dicen ellos tienen el Distrito, mejore las condiciones de vida de la isla.

(Conversación debajo de la choza)

**Willi:** *¿Cuál es el que viene aquí y no se enamora de esta isla? Están pagando edificios, sacando carreteras. Tierrabomba se va a poner jummm... porque ahora que pongan el gas, ya todas las mangueras están puestas, el agua la vinieron midiendo.*

**Luis:** *Y si hacen una ciudad aquí, esta será la isla más linda del mundo entero.*

**Willi:** *Algunos ya han visto la maqueta de cómo va a quedar esto... van a venir a darme millones por la casita está.*